

orgánico, lo corporal, incluida la enfermedad y comprendida la muerte).

La belleza es, entonces, no sólo un saber sino un saber crítico, que enrostra a la modernidad su alejamiento del ser. Esta requisitoria antimoderna se apoya en Heidegger y en una lectura parcial de su maestro Husserl. Zecchi así lo admite y glosa, agregando al debate estético actual un eco autorizado.

Crónicas en «La Nación» de Buenos Aires(1909-1921). Emilia Pardo Bazán, edición de Cyrus de Coster, Pliegos, Madrid, 1994, 285 pp.

Era costumbre, entre fines y comienzos de siglo, que las firmas célebres de España enviaran correspondencias a periódicos americanos. Lo hicieron Galdós, Clarín, Castelar, Valera y, según muestra este volumen, doña Emilia. Vale mucho la pena recuperar estos artículos, donde se contiene parte de la mejor producción de la Pardo Bazán. Ante todo, queda documentada su curiosidad por la vida intelectual y artística de su tiempo: la vanguardia futurista, Oscar Wilde, Tagore, la música de Richard Strauss, el wagnerismo, la rehabilitación del Greco, los cambios idiomáticos y la polución entre lenguas, el feminismo (defendido con fuerte convicción y sin fobias contra los varones).

En otro sentido, Pardo Bazán apunta sus coincidencias con los escritores, más jóvenes que ella, del 98: el conflicto entre casticismo y modernización lo ejemplifica de modo elocuente. La condesa vivió en la oposición dada por el par romanticismo/realismo. Amaba el teatro romántico, a partir de los clásicos españoles y Shakespeare. Era evolucionista pero hallaba el presente insustancial y desabrido (el eterno tema de lo que huye en la presencia). Fue realista en las fronteras mismas del naturalismo e hizo la crítica de la ingenuidad ante lo real: « La realidad es, sin duda, una mágica palabra que fascina, pero tiene el defecto de todas las palabras genéricas: es preciso explicarla, es preciso suponer que ni la entendemos bien, ni que responde a cualquier enigma. La realidad somos nosotros y nosotros somos diversos» (pág. 153). Su evolucionismo no le impidió criticar al progresismo: «Si hay algo en que no cabe progreso, en que esta palabra carece

de sentido, es en arte y en literatura... el espíritu humano pide variedad: aunque se le digan peor las cosas, quiere que se las digan de otro modo. Y confunde el progreso con la diferencia» (pág. 233).

La condesa supo aproximarse a la anécdota de su tiempo y tomar distancia, apoyada en una cultura de varia dirección y nutridas lecturas. No se negó a su situación de mujer, a la vez privilegiada y coartada, ni exageró su identidad femenina. Fue irónica con lo que amaba porque no temía perder el afecto ante la inevitable crueldad de la inteligencia. La podemos leer como un sabroso documento de la época y también como una voz contemporánea.

La música. Hablando con Antoni Ros-Marbá, Luis Suñén, Acento, Madrid, 1994, 110 páginas

La editorial Acento propone una colección propedéutica en la que destacados profesionales explican la formación de su especialidad, su historia personal y sus opiniones acerca de sus tareas. En este caso, el crítico musical y poeta Luis Suñén entrevista exhaustivamente al director de orquesta Ros-Marbá, que nos expone con amenidad y clara memoria anecdótica cómo descubrió su vocación y la fue transformando en trabajo, merced a aprendizajes sucesivos (la mediación de Toldrá y Celibidache parece decisiva) que se convirtieron en experiencia.

Completa la entrega un cumplido cuadro con las carreras y las instituciones que permiten enseñar y aprender música en España.

Nietzsche y la polémica sobre «El nacimiento de la tragedia», edición de Luis de Santiago Guervós, Agora, Málaga, 1994, 183 pp.

La aparición de *El origen de la tragedia* provocó una polémica de alto coturno, pues el filólogo profesional y músico aficionado que era Nietzsche, destinado a convertirse en uno de los inventores del pensamiento contemporáneo, se vio atacado duramente por Wilamowitz-Möllerndorf y defendido por su amigo el historiador Erwin Rohde y su maestro, el compositor Richard Wagner.

La minucia de lo discutido (analizado, a su vez, con minucia y competencia por Guervós en el prólogo) pertenece al mundo erudito, que se altera según las épocas. Al lector interesado y profano le queda la disputa epistemológica de fondo: Wilamowitz era un científico positivista que creía posible reconstruir el pasado aplicando el método correcto a los documentos fehacientes, en tanto Nietzsche entendía el pasado como lo entiende la historiografía de hoy: como un relato verosímil hecho desde el presente respecto a un objeto perdido para siempre e imposible de reconstruir.

La historia y su cuñada la filología, ambas medio hermanas de la música, son un arte y no una ciencia. Un arte riguroso, como el de los sonidos, pero que atañe a la imaginación y no a la verdad. Tal vez, más que las ocurrencias insolentes de Nietzsche respecto al pasado griego, lo que molestó a Wilamowitz fue que cuestionaran los fundamentos de su disciplina, todas sus ordenadas certezas con pretensión de eternidad científica. Nietzsche había «descubierto» que la historia se hace y se cuenta dentro de la historia misma.

Crónica de una deserción. Ideología y literatura en la prensa universitaria del franquismo (1940-1960), Jordi Gracia, PPU, Barcelona, 1994, 283 pp.

La prensa universitaria del primer franquismo, hegemónizada por la Falange, es un buen escenario donde estudiar las tensiones intelectuales de aquella España y en qué medida, curiosamente, sigue siendo el cañamazo sobre el que se teje la vida intelectual española de hoy. Falange era el único lugar del régimen en que vegetaba cierto pensamiento laico y no es casual que de ella brotaran las primeras contestaciones internas al franquismo. Tampoco es azaroso que una parte decisiva de la izquierda pensante española tenga raíces falangistas, y bastante más enterradas de lo que se cree.

Recorriendo la antología preparada por Jordi Gracia y el ilustrativo prólogo que tira las líneas fuertes de aquellos tiempos, se encontrarán nombres, apodos y opiniones a menudo sorprendentes. Puntos de vista heterodoxos se contrastan con declaraciones de ardor joseantoniano por parte de algunos conductores posterior-

res de la izquierda intelectual. El falangismo también se proclamó enemigo del *status quo* (lo difícil es saber de qué se trata) y su elocuencia revolucionaria daba y da para mucho. Baste recordar estas palabras que copio de la página 116 (*La Hora*, abril de 1950), donde se define el falangismo como «una doctrina política nueva, hecha por jóvenes, revolucionaria y nacional, católica y subversiva, profundamente española tanto como universal.»

Imágenes de época. Sociología y estética de la pintura moderna, Arnold Gehlen, traducción de José Francisco Yvars y Vicente Jarque, Península, Barcelona, 1994, 365 pp.

La fortuna de Gehlen (1904-1976) proviene de haber acuñado el término *posthistoria*, tan manoseado por los postistas de diverso matiz. Es una fama injusta, que ahora se ve esclarecida en su exacta medida por este libro capital de la crítica contemporánea. En rigor, Gehlen entiende los *posthistórico* como la conciencia de un final de época, de liquidación de un período, lo cual redundaba en una suerte de neoactualidad de todas las obras del pasado, que es el resultado de la historia (el pretérito existe en el hoy o ha desaparecido). Se siente cercano el final y el futuro aparece sin sucesión, como la ultimidad del tiempo. Extasis y aturdimiento cancelan la noción de la historia en tanto acumulación cualitativa y desarrollo de un sentido inmanente. Todo se vuelve mero acontecer, ajeno a la lógica y también al absurdo. Su síntoma es el advenimiento del arte abstracto, tras el cual nada queda por dismantelar. Más allá sólo hay el arbitrio, un hacer sin dirección. En efecto, en el arte abstracto, como en la música libremente atonal, hay un simulacro de sentido, no articulable, como el de los jeroglíficos: un sentido instantáneo e inacabado del mundo, que se alcanza por participación pero no de modo discursivo. O una apariencia de sentido, resultado de las disposiciones secundarias de las series causales. La abstracción rompe la secular alianza entre la imagen y la palabra, el pintar y el decir.

Justamente, el triunfo de la abstracción (la subjetividad reflejada en sí misma y tomada como referencia, la subjetividad autorreferente) es uno de los ejes del libro, en tanto un arte no discursible niega la posibilidad del

curso y del discurso de la historia. En términos patéticos, da en *arte povera*: objetos contruidos con una finalidad y que, amputados de tal finalidad, son exhibidos como desechos en un contexto museal.

La abstracción es la mudez de la obra de arte, llevada al extremo, culminación de un proceso comenzado cuando los artistas comprueban que la sociedad nada les demanda y se demandan ellos entre sí, por medio de un código hermético. Sin embargo, el azar rompe todo hermetismo y actúa en los terrenos que le concede el arte contemporáneo en una especie de «progreso pobre»: desarrollo de los métodos (efectos, materia, etc) en lugar de los fines, de los materiales más que de las formas, del genio iletrado que busca la flor azul y no el árbol del conocimiento, de modo que el arte primitivo se relea como el culmen de la estilización.

La salida, para Gehlen, está en volver a la teoría, sin la cual no hay gran arte, según el dictamen de Robert Musil. Hacer un arte conceptual, una reflexión de la obra sobre la obra, aunque no salga de ella y se comprometa con peligrosas explicaciones totalizadoras, totalitarias. El arte subsistirá si se piensa como un tercer mundo entre la naturaleza y la técnica, entre la tradición inane y la revolución que proclama una vuelta a la economía natural de subsistencia.

Texto imprescindible para pensar y repensar nuestro imaginario empobrecido por la abundancia de objetos que nos hace presumir de satisfechos, este libro es, además, una defensa de lo noble excelente y de lo único genial, categorías amenazadas por un falso democratismo o por la praxis absoluta de una teoría absoluta (el nazismo, el estalinismo). No hay como mover el pensamiento para mantenerlo libre, acaba por aconsejarnos Gehlen. No fijar las ideas para que sigan siendo ideas, como apostilló Valéry.

Actualidad de Nietzsche en el 150 aniversario de su nacimiento, coordinación del Luis de Santiago Guervós, suplemento 2 de *Philosophica Malacitana*, Málaga, 1994, 176 páginas.

Nietzsche, que intentó aniquilar la filosofía, ahora recibe la mirada atentísima de los filósofos, lo cual no

habla mal de Nietzsche (que se habría equivocado) sino bien de los filósofos, pues abren su querencia al amplio amor al saber, que parece ser la etimología de la cosa, sin limitarse a la obediencia ante el conocimiento. Los malagueños, mediterráneos ellos, se especializan, con alto nivel de excelencia, en repasar al escritor alemán.

Este volumen reúne trabajos del coordinador, Manuel Crespillo, Jesús Conill, Rafael Larrañeta, Luis Jiménez Moreno, Marco Parmeggiani Rueda, Julio Quesada y María Zambrano (de esta última, páginas editadas e inéditas).

El abanico de temas, centrados en las cuestiones de filología y hermenéutica (un punto de partida decisivo para Nietzsche), abarca la polémica del escritor con los filólogos positivistas de su tiempo, el cuerpo como instancia hermenéutica de la razón práctica (un posible vínculo entre Kant y el romanticismo), la radical crítica a la metafísica y la búsqueda de una verdad como lo oculto por la demostración, los precisos alcances del nihilismo nietzscheano (que no es el terrorismo del nada existe y todo vale, sino la prescindencia del saber como institución), la vivencia como hermenéutica, el universalismo mediterráneo del pensador y la autocrítica del lenguaje como punto de partida del saber filosófico. Última pero no mínima, Zambrano aporta su preocupación limítrofe con Nietzsche: en qué medida y a su pesar, el escritor fue un cristiano existencial y un meditador de lo sagrado.

La reconsideración de Nietzsche en la literatura filosófica española del sesenta se ha vuelto a vitalizar (recordemos los recientes libros de José María Valverde, Enrique Lynch y Enrique Ocaña) y esta aportación colectiva malacitana demuestra que no se trata de casos personalizados y aislables, sino de un movimiento consistente y variado.

El milagro del teísmo. Argumentos en favor y en contra de la existencia de Dios, J.L. Mackie, traducción de Leticia García Urriza, Tecnos, Madrid, 1994, 314 pp.

El problema de la existencia de Dios como algo de lo que se puede discurrir ha preocupado, según es lógico,